

De allí lo sacaron poco después a la calle y le colocaron una enorme cruz de madera de cedro sobre las espaldas. El hombre sostuvo el peso cuanto pudo, mientras le hacían marchar hacia un monte próximo conocido por «el lugar de la Calavera». A latigazos y lanzazos, como hacían con aquel pueblo sometido, el inesperado visitante fue arrastrándose.

Llegó al monte y lo alzaron en la cruz.

Había otros dos ajusticiados a su lado, pero él se veía mucho más grande.

—Quizás hubiera tenido más suerte en la forma de morir, si no hubiera sido por esta costumbre de abrir los brazos...

Uno de los soldados le oyó hablar y le clavó su lanza.

Se relajó definitivamente para no sufrir.

Pero aunque lo consideraron muerto, su corazón latía aún a un ritmo imperceptible para el hombre de la Tierra.

Lo descendieron y lo introdujeron en un sepulcro.

Era mucho más corto de estatura que cuando había descendido del espacio.

Los soldados custodiaron el sepulcro por temor a que algunos curiosos del pueblo pudieran sustraer el cadáver.

La oscuridad vino sobre el mundo. El sol se escondió y el cielo apareció oscuro aun siendo de día. Se vieron las estrellas. La luna, que era como sangre, no brilló en toda la noche.

La patrulla de rescate había hecho dos o tres disparos de efecto sobre la tierra y los edificios. En el cementerio se abrieron las fosas de los muertos. Mientras la nave se mantenía en el aire, próxima a la superficie de la tierra, creando un cielo de tormenta con todos sus reflectores encendidos, dos de los hombres se aproximaron al sepulcro ante el espanto de la guardia. Eran altos y de vistosos uniformes y con facilidad retiraron la piedra que cubría la tumba.

El extranjero torturado se levantó y, caminando por sus propios pasos, fue a reunirse con los dos hombres.

—Vámonos —dijo.

Y desaparecieron en el cielo.

Luego, el pueblo comenzó a contar la historia con gran emoción. Los detractores la deformaron y los admiradores también. Los escritores tomaron todas estas deformaciones e hicieron la obra literaria. Cada cual habló lo que quiso y la humanidad continuó repitiéndolo y sigue en ello. Aún hoy en el año 3000.

MIGUEL COLLAZO (1936-1999). Este auténtico escritor «maldito» al estilo criollo tuvo una vida bien agitada. Graduado de Bellas Artes, escribió para la radio y la televisión, luego teatro y al fin casi todo lo demás. Dejó en la ciencia ficción cubana un sello muy personal con sus dos novelas del género: la sarcástica *El Libro fantástico de Oaj* y la filosófico-alegórica *El viaje*. Luego publicó otros libros, ya no de CF pero todavía bastante «raros» *Onoloria*, *Estancias* y la novela póstuma *Trastiendas*, todos de sofisticadísima prosa..., así como *La gorrita del Papa* y otros excelentes cuentos reflexivo-realistas sobre el singular *underground* de los bebedores habituales cubanos que tan bien conocía, lo que al final lo llevó a la cirrosis y la muerte.

¿Qué pasaría si los saturnianos llegaran a La Habana de los años 50? *El libro fantástico de Oaj* es una deliciosa y desternillante parodia en clave de choteo criollo claramente inspirada en las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. Serias antropólogas saturnianas enamoradas de ultramachistas «chucheros» de barrio. El profundo conocimiento collaziano de los submundos de la marginalidad habanera se mezcla aquí con agudas especulaciones sobre la relatividad cultural. «El orate andrajoso» es el segundo fragmento de la novela en publicarse por separado: ya otro, titulado «El ángel y el niño», también funcional como narración independiente, había aparecido hace años en la antología *Cuentos fantásticos cubanos*. ¿Trampa... o ingeniosas improvisaciones de editor para no dejar fuera a uno de los indiscutibles grandes del género en Cuba? La última palabra, como siempre, la tienen los lectores.

## El orate andrajoso

—¿Y qué, loco?

El andrajoso observó al individuo de pantalones corte tubo, cadenón de oro y zapatos agrietados de tanto betún, pensando que eran precisamente tipos como esos los que impedían la llegada de los saturnianos, y sintió rabia y luego desprecio, y más tarde cayó en la indiferencia, apartó la vista, palpó un montón de papeles ennegrecidos en el bolsillo izquierdo de su saco negro. El de los zapatos agrietados por un exceso de betún se esforzaba con una uña por sacarse una cáscara de frijol negro que se le había colado entre dos muelas, y en medio de su forcejeo volvió a mirar al andrajoso que tenía un aire ausente.

—¿Qué te pasa, loco?

Repitió otra vez su pregunta dándole una patadita en la pierna.

—Nada —respondió el andrajoso. Y luego: —Dame un níquel.

—¿Para qué lo quieres?

—Tengo hambre.

El otro se tiró a su lado. Estaban bajo los portales de una papejería en la calle Compostela, frente a Gobernación.

—Yo en cambio —dijo el de los zapatos agrietados— acabo de comer como si fuera un rey, loco. Mira, me comí un congrí con mantequita y par de plátanos manzanos. Un platazo así, profe, que se botaba por fuera. ¡Ah!

La saliva goteó de la boca del andrajoso y el otro lo notó.

—Si te comes eso te mueres, profe. Y después me tomé tremendo café, y aquí me ves ahora, fumándome un Partagás, el cigarro del hombre que tiene el gusto joven. ¿Qué te parece?

—Dame un níquel.

—¿Un níquel? Pero ven acá, loco, ¿tú te crees que yo soy el presidente de la república o qué? Roba, tú. Rompe una puerta. Yo cuando necesito dinero voy y bam rompo una puerta. Yo sí que no paso hambre, mi hermanito.

El andrajoso volvió la vista y después miró hacia el cielo. El de los pantalones corte tubo se incorporó.

—Mira, si me cuentas algo de los bichos esos que tú dices te lo doy, vaya. ¿Dónde están los tipos esos?

El andrajoso señaló vagamente hacia el cielo.

—¿Allá arriba? ¿Son pájaros o qué?

—No son pájaros... ¿Me das el níquel?

El otro acercó un cajón de cervezas y se sentó a su lado.

—Claro, profe... Cuéntame, ¿tú hablas con ellos? La gente dice que tú hablas con ellos. ¿Es verdad? Anda, háblame de eso... Te vas a ganar un níquel. Vaya, si me lo cuentas todo te doy un real.

El profe lo miró un momento con desprecio, luego pensó en los diez centavos y en la frita que se podría comer con ellos y empezó a hablarle.

—No son pájaros —le dijo—, son hombres...

—¿Y viven en el cielo, profe?

—Están en la luna.

—¿Fueron a la luna?

—Vinieron a la luna.

El otro escupió una cáscara de frijol.

—Pero cómo van a venir a la luna. La luna no está aquí, está allá. Fueron, profe, no vinieron. Loco, el hambre te tiene...

—Dije vinieron y he usado bien el verbo. Yo sé hablar un poquito mejor que tú. Yo soy bachiller y además estudié... algo de astronomía.

—¿Astro... qué?

—Astronomía.

—Ah, sí, del horóscopo de eso.

El andrajoso pensó en los diez centavos y trató de olvidar todo lo demás.

—Sí, Fantasmita, eso mismo.

—Oye, yo me llamo Cuti. Mira que a ti no te gusta que te digan loco.

—Es verdad, Cuti. Uno siempre debe respetar para...

—Bueno, bueno, loco, desembucha ya que me tengo que ir y te vas a perder los diez kilos. Vaya, coge, fúmate un cigarro.

Limpiándose las manos en los pantalones el andrajoso cogió el cigarro de Cuti. Fumó un momento con los ojos cerrados.

—Me estabas diciendo que fueron...

—Que vinieron.

—Bueno, explícame eso, bate. ¿Por qué vinieron? La luna está allá.

El del saco negro soltó humo por la nariz y miró el cigarro.

—Sí, la luna está allá pero ellos vienen de más allá.

—¿Del más allá? ¿Son fantasmas?

El andrajoso hizo un esfuerzo por imaginarse cómo funcionaba el cerebro de Cuti, pero aquello estaba fuera de su alcance.

Habló calmadamente.

—No son fantasmas. Son hombres de otro mundo. De un mundo que no es este.

Cuti estiró las piernas y se las rascó.

—Ven acá, profe, pero... tú dices que no son marcianos, ¿verdad? ¿Qué son entonces? Tampoco son fantasmas... La verdad, loco...

—Son saturnianos.

—¿Saturniados?

—Saturnianos.

—¿Qué es eso?

—Habitantes de Saturno.

—¿Qué Saturno?

—El planeta.

—¿Qué planeta?

El andrajoso escupió.

—Tú no sabes nada.

—Ah, loco, es que tú formas un lío. Explícame eso y ya. A ver, ¿cómo es la cosa?

—Estoy cansado, no tengo ganas de hablar. Tengo hambre. Por favor, dame el real.

Cuti se divertía.

—Primero hálame de esas cosas.

—Es difícil, no entiendes nada.

—No importa.

Cabezola, que se había estado limpiando los zapatos en el limpiabotas de la esquina, se acercó mirándose el filo de los pantalones, planchaditos y tan almidonados que parecían de cartulina. Tenía una cabeza descomunal y era medio bizco.

—Óyeme, Cabeza, ven acá, ¿tú sabes lo que es un planeta?

—¿Es una pega?

—Ninguna pega, tú. Es que el orate dice que los bichos esos vienen de un planeta por allá...

—¿Qué dichos?

—Los bichos esos... Compadre, los bichos de que siempre está hablando el profe.

—¡Qué sé yo de eso!

Cuti le guiñó un ojo.

—¡Qué bruto eres, Cabeza! La verdad que por algo el profe es el profe.

El pensamiento del andrajoso se había evadido por unos instantes, erraba por los espacios siderales, pero el codazo de Cuti le volvió a la realidad. Su mirada estaba turbia, el sudor le rodaba por la frente.

—Contra, loco, ¿qué te pasa?

Cabezola hizo sonar el dinero en sus bolsillos.

—No ves que se está muriendo de hambre.

Cuti se limpió la garganta.

—Bueno, le prometí un real para que se comiera una frita.

—¿Por qué no se lo das?

—Primero tiene que hablarme de esas cosas. ¡No se lo voy a dar de gratis así!

Cabezola no dejaba de sonar el dinero en los bolsillos.

—Bueno, ¿qué pasa, loco? Cuenta ya, son diez kilos. Por diez kilos yo te invento una historia ahora mismo.

El andrajoso puso las manos sobre las rodillas.

—Está bien, pero tienes que darme los diez centavos.

—Seguro, profe.

Cabezola cogió un cajón, pasó el dedo para comprobar que estaba limpio, y se sentó. El andrajoso recostó la cabeza en la pared.

—El cielo —empezó a decir— no es como ustedes piensan... El cielo es solo una cortina.

—¿Y qué hay detrás del cielo? —preguntó Cabezola mirándose los zapatos.

—El espacio.

—¿De qué color es el espacio ese? —preguntó Cuti.

—No tiene color. El espacio es totalmente negro porque allí no hay luz, ni atmósfera que la refleje. Fuera de la atmósfera terrestre el cielo es negro aunque esté brillando el sol. El sol es una estrella y el cielo está lleno de estrellas...

—¡Cómo el sol va a ser una estrella! —dijo Cuti—. El sol es el sol y las estrellas...

—El sol es una estrella. Una estrella que llamamos sol. Las estrellas que se ven por la noche son soles...

—Yo la verdad que no entiendo —dijo Cabezola—. Deja eso, habla de los bichos. ¿De dónde vienen?

—No son bichos, son hombres de otro mundo.

—¿Qué mundo?

—La Tierra es un mundo, Marte es otro mundo, cada planeta es un mundo, al menos como lo entienden ustedes.

Cuti se rascó la cabeza.

—No entiendo ni pío.

—Sí, Fantasma —le dijo Cabezola—, qué bruto eres.

—¿Pero qué sabes tú de eso, Cabeza? A ver, dime, ¿qué cosa es un planeta? ¡A ver, a ver! ¡Tú no sabes nada!

El andrajoso intervino.

—Yo se los voy a explicar.

Cabezola se levantó de un salto.

—Yo sí sé, chico. ¡La Tierra es un planeta, vaya! ¿Es así o no es así, loco?

—Sí, la Tierra es un planeta.

—¡Ya tú ves!

—Ah, tú lo sabes porque te lo dijo el profe.

—¡Yo nunca he hablado de eso con él, tú!

Dos o tres que andaban por ahí se acercaron a oír; Cabezola agarró a uno de ellos por la camisa.

—Pregúntale a Cheo si el loco me ha dicho algo de eso. Mira, aquí están Casquete y Pata, pregúntales para que tú veas.

—¿Qué es lo que hay? —preguntó Pata.

—Nada —dijo Cuti—, que este tipo siempre se cree que es el que más sabe.

—¿Pero cuál es el troque? —preguntaba Cheo, y Cuti le habló del asunto del planeta—. ¿Cómo planeta? ¿Qué es eso?

Casquete se abrió paso y afirmó entonces que las estrellas eran planetas. El andrajoso le explicó que algunas que se tomaban por estrellas eran planetas.

—¿Y las otras estrellas —preguntó Casquete— qué son entonces?

—Son verdaderas estrellas —respondió el andrajoso—. Entre esos punticos que brillan en la noche, algunos son planetas y otros son estrellas.

Todos se quedaron callados un momento.

Cabezola escupió y dijo:

—Sí, hay planetas y estrellas. La luna es un planeta.

—La luna es un satélite —corrigió el andrajoso.

Cuti se rió.

—Tú ves que no sabes nada. ¡Decir que la luna es un planeta! ¡Qué bárbaro!

—Tú tampoco sabes nada, Fantasma.

—Le están dando por la vena del gusto al orate —comentó Cheo al oído de Pata.

De pronto dijo:

—¿Por qué no llamamos a Orlandito?

—Eh, ¿para qué? —preguntó Cuti.

—Él sabe de esas cosas cantidad. ¿Ustedes no se enteraron?

—¿De qué? —preguntó Pata.

Cabezola se dio entonces una palmada en la frente, se volvió hacia el andrajoso y lo sacudió por un brazo.

—¡Coño, loco, se me había olvidado! Tú no sabes que Orlandito está viviendo con uno de esos bichos que tú dices...

El andrajoso miró al grupo desconfiado. Veía venir la broma que terminaría como siempre encendiéndole un cohete dentro del cajón donde estaba sentado.

Casquete y Pata se ríen rascándose las entrepiernas.

—¿Qué pasó, Cheo? —preguntó Cuti.

Cheo empujó a Cabezola.

—Díselo tú.

Cabezola puso una mano en el hombro del andrajoso y otra en el hombro de Cuti, miró a todas partes y dijo como en secreto:

—Óiganme, caballeros, dicen que Orlandito está viviendo con una marciana... ¡Por mi madre, caballeros! Él mismo me lo dijo a mí. Dice que vino en un platillo volador de esos... ¡Serio, tú!

Pata se separó del grupo palmoteando.

—¡Ah, ah, ah! ¿Me vas a coger de primo a mí, asere? ¿A mí?

—Pata, que se me muera la vieja que es verdad. Él mismo lo está contando por todas partes. Veinte gente lo ha visto con ella, tú. ¡Por mi madre, Pata! Pregúntale a Paco cuando lo veas; él vio la tipa. Dice que es roja y transparente y que está loca por Orlandito. ¡Mi madre! Yo creía que ustedes lo sabían. ¿Tú no lo sabías, Fantasma?

El andrajoso se había puesto muy serio.

Cuti soltó una carcajada.

—¡Te corrió una máquina! —le dijo, dándole un manotazo en la espalda—. ¿Y tú te lo creíste? ¡Qué bárbaro!

—¡No, yo no creo nada! Lo que pasa es que el loco siempre está hablando de los bichos esos... ¡Él dice que es verdad que están aquí! Además, Orlandito no les corre máquina a los socios... Yo la verdad que no sé. Ven acá, loco, ¿qué tú crees de eso?

El andrajoso estaba lívido.

—No deben jugar con esas cosas —dijo.

—Nadie está jugando, loco —le dijo Cheo—. A mí me lo contó Paco. Dice que era una hembra lindísima, que parecía un ángel.

—Un demonio es lo que parecerá —dijo Cabezola.

El andrajoso repetía:

—No deben jugar con eso.

—Estate tranquilo, loco. ¿Quién está jugando? Es verdad, tú, serio. ¿Tú no dices que esos bichos están aquí? Pues están aquí.

Casquete se rascó la barbilla.

—Bueno, caballeros, ¿por qué no llamamos a Orlandito?

—Que él diga si es verdad o no. ¿Qué les parece? Vamos a llamarlo.

—Sí, sí —dijo Pata—. Lo voy a buscar, está en el barcito de la esquina.

Corrió hacia la esquina. El andrajoso aprovechó la ocasión para escabullirse.

—¿Dónde está el loco? —preguntó Cheo mirando a todas partes.

—Allá va —gritó Cuti—. ¡Locooo!

Casquete salió corriendo y lo alcanzó cuando doblaba ya por la calle Luz. Lo trajo casi a empujones.

—Tráelo para acá —decía Cheo— que aquí viene Orlandito.

Pata venía hablando con Orlando y señalando al orate y al cielo. Orlando evitaba la proximidad de Pata porque el otro apestaba y estaba sucio como si se hubiera metido debajo de la tierra, y él iba vestido como siempre, con su traje blanco de dril 100, lustroso de la plancha. Se acercó con un vaso de cerveza en la mano y los ojos rojos y medio cerrados.

—Óyeme, Orlandito —dijo Cuti—, dicen que tú andas con una marciana de esas... Mira, aquí está el loco. Dice el loco que no quiere que jueguen con eso. ¿Verdad que no es juego?

—A mí me lo contó Paco —dijo Cheo—. ¿Es verdad eso, asere?

Orlando tomó un sorbo de cerveza.

—Sí, es verdad, ¿cuál es el alboroto?

—¡Dicen que es roja! —dijo Casquete.

—Como un tomate, asere —especificó Orlando sonriendo.

Pata lo miró asombrado.

—Dicen también que tiene alas y que es transparente.

—Y que parece de cristal —agregó Cuti.

—¡Bueno, caballeros!, ¿qué es lo que pasa? ¿Es una jeba, no? Qué importa que sea roja o que sea verde o que sea amarilla. Yo las he tenido de todos los colores y formas.

—¡Pero una marciana! —exclamó Casquete.

—Bueno —dijo Orlando—, es que La Habana ya me resultaba chiquita, bate.

Pata comentó con Cuti.

—Consortillo, la verdad que Orlandito está más loco que el loco.

Y Cuti le dijo:

—Ah, está enyerbao, tú.

El andrajoso se adelantó, se limpió ruidosamente la garganta, sacó un montón de papeles sucios que tenía en uno de los bolsillos del saco y se dirigió a Orlando.

—Usted dice vivir con un ser de otro mundo: ¿podría describirme? ¿Cómo es?

—¿Qué le pasa al orate este?

—Te está preguntando cómo es la tipa esa, consortillo —intervino Cuti—. Él sabe mucho de eso. Díle, díle cómo es.

—Sí, sí —agregó Cabezola—, y sabe lo que es un planeta. ¿Verdad loco que tú has estudiado esas cosas? Se volvió loco de eso mismo. Está loco de tanto que sabe.

—¿Cómo es? —volvió a preguntar el andrajoso.

—Es lindísima, orate. No sé... es una cosa así...

—¿Pero cómo es por fin, tú? —preguntó Pata.

Orlando se arregló la camisa y cuidó el filo de sus pantalones. Se separó un tanto del grupo para evitar la suciedad de los otros. Cerró los ojos y dijo como el que trata de recordar una visión maravillosa:

—Es una nube de perfumes, suave... alta... Se mueve como un animalito —abrió los ojos de pronto—. ¡Caballeros, es una diosa!

—¡Tremenda nota! —dijo Pata.

El andrajoso le miró los ojos.

—¿De qué planeta es? ¿De dónde viene?

—Bueno... —dijo Orlando acariciándose la barbilla—, ella dice que viene de la luna de allá arriba... Vino en un platillo volador a buscarme, es una saturniana.

—¿Qué? —dijo el andrajoso.

—Sí, viejo, una saturniana. Así se llaman las mujeres de los marcianos, ¿verdad?

El del saco negro trató de descubrir en sus ojos alguna broma.

—Los saturnianos son los habitantes del planeta Saturno. Llegaron a la Tierra para establecer una base en la luna.

Los demás escuchaban en silencio y se divertían con las cosas del orate y de Orlandito. Pata le dio un codazo a Casquete y Casquete a Cabezola que aguantó la risa.

Orlando bebía a sorbos la cerveza. De pronto dijo:

—Se llama Yarnoo.

El andrajoso dio un grito.

—¿Cómo? ¿Cómo dijo?

—Yarnoo.

—¡Su madre, qué nombre! —comentó Casquete.

El andrajoso buscó frenéticamente entre sus papeles y extrajo uno de ellos. Lo leyó y luego dijo:

—No puede ser. ¿Cómo sabe usted eso?

—Ella me lo dijo.

—¡No puede ser! —le temblaba la voz.

—¿Cómo no va a poder ser! ¿Qué le pasa al tipo este? Se llama Yarnoo, es una saturniana, ¡es jeba mía!

El andrajoso jadeaba.

—Por favor —le dijo—, por favor, explíqueme. ¿Cómo usted sabe todo eso? Yo estoy al tanto de estas cosas —le mostró sus papeles y se le acercó—. ¿Ve usted estos papeles? Aquí tengo todo anotado. Incluso hay varios nombres y... y ¡uno de ellos es precisamente... Yarnoo!

—Esa es la jeba mía.

—¿Su mujer?

—Sí, y está chiflada por mí... Loquita por mí.

El andrajoso temblaba, se le habían desorbitado los ojos; se le acercó un poco más y Orlando retrocedió.

—¡Son ellos! —exclamó el andrajoso—. Pero ellos... ellos no pueden...

Orlando puso en guardia una mano.

—No te acerques mucho que me vas a ensuciar todo. ¿Qué le pasa al andrajoso este?

—Ella... ella vino en la última expedición. Tienen una base en la luna. Son seres superiores! ¿Y dice usted que ella... que ella y usted...? ¡No!

—¡Sí, es mi jeba, tú!

—Eso es una infame calumnia. Una criatura sublime no puede... ¡No! Usted es un miserable. ¡Usted está mintiendo!

Saltó sobre él y lo agarró por la solapa del saco. Orlando vio con horror aquella mano sucia y grasienta en su blanquísimo traje

recién sacado de la tintorería, se le nubló la vista y soltó un manotazo. El andrajoso rodó por el suelo y cayó sobre las cajas de cerveza.

—¡Lo mató! —dijo Cheo.

Pata corrió hacia él y lo ayudó a levantarse; la sangre le corría por la nariz.

—¡Mentira! —gritó el andrajoso con un hilillo de voz.

—¡Miren para eso! —gritaba Orlando sacudiéndose la mancha negra de la solapa. Tiró con rabia el vaso de cerveza y le dio un puñetazo a Pata—. ¡Tú tienes la culpa!

—¡Se volvió loco! —dijo Casquete.

Cuti se separó de él y gritó:

—¡Agarren a Orlandito!

—¡Aguántamelo ahí que le voy a partir la vida!

Casquete y Cheo agarraron a Orlando, pero este soltó una pata que alcanzó al andrajoso en el vientre. El andrajoso se dobló y vomitó un líquido verdoso.

Yarnoo apareció en ese instante.

Nadie supo cómo había llegado, pero estaba allí, y era efectivamente roja y brillante. Orlando dio un brinco y Pata salió corriendo, detrás lo siguieron Casquete y Cheo gritando. Cuti y Cabezola se quedaron como petrificados mirándola. El andrajoso se incorporó y la vio, su rostro se le iluminó de pronto.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Un saturniano!

Y se desmayó.

Orlando se recuperó de la sorpresa y se puso arrogante.

—Óyeme —le dijo a Yarnoo—, te dije que no te movieras del gao. ¿Qué es lo que tú haces aquí, chica? Mira a ver si andas al hilo conmigo. ¡Arranca para la casa!

Alzó una mano, pero la mano se le quedó congelada en lo alto. Luego se sintió girar en el aire y salir despedido contra la pared.

Cabezola y Cuti vieron que una ráfaga rojiza había girado alrededor de Orlando, que este salió volando y se estrelló inexplicablemente contra la pared, y que luego la ráfaga, que era Yarnoo en movimiento, cruzó sobre el andrajoso, lo puso en pie, le quitó el desmayo y se elevó hacia el cielo con un silbido, todo en un segundo.

Cabezola y Cuti se miraron, tenían las manos agarradas y estaban lívidos del asombro.

—¡Coño! —exclamaron.